

Espíritu de verdad y cordialidad¹

1. En la impresionante narración de san Lucas de lo ocurrido en la mañana de Pentecostés hay dos imágenes que inmediatamente nos sorprenden y cautivan: la imagen del viento impetuoso y la del fuego.

De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa². El viento en el mundo antiguo, como apuntaba en una ocasión el Cardenal Ratzinger³, era expresión del poder divino. Además de ser con el agua, la tierra y el fuego, uno de los cuatro elementos del universo, se creía que Dios soplabla y movía los astros como granitos de arena.

Lo cierto es que el aire es la condición para la vida. Hasta donde nos alcanza la vista, solo nuestro hermoso planeta azul tiene atmósfera y, por tanto, solo en él, se dan las condiciones para la vida. Y en aquella inolvidable mañana de Pentecostés queda claro que lo que es el aire para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual.

Valdría la pena recordar también que todos estamos expuestos a los efectos de la contaminación atmosférica que envenena el aire y hace difícil la vida biológica. Y que algo análogo ocurre con la contaminación del corazón y del espíritu que daña y envenena la existencia espiritual. Tenemos un ambiente cultural enrarecido, plagado de ideas e imágenes que ofenden la dignidad de la persona. Nos urgen el aire fuerte y limpio de Pentecostés. Un viento impetuoso, pero saludable, que nos purifique interiormente y nos llene el alma de gracia y de paz.

2. La segunda imagen es el fuego: *Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos⁴*. En el Evangelio se recoge una misteriosa expresión de Cristo: *Fuego he venido a traer a la tierra ¿y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!*⁵ Pentecostés es, de alguna manera, el cumplimiento de ese anhelo del Señor.

No hace mucho, el Papa Francisco recordaba que Dante Alighieri, en su descripción del infierno, *se imagina al diablo sentado en un trono de hielo; su morada es el hielo del amor extinguido⁶*. Si el demonio es frialdad, indiferencia, hielo... El Espíritu de Cristo es fuego, pasión, calor... Hemos de aprovechar esta celebración para alejarnos del frío y de la tibieza espiritual y dejarnos quemar por el fuego del amor de Dios.

Se entiende que antes de Pentecostés los apóstoles estuvieran encerrados y atemorizados ante las amenazas de los judíos. Cuando viene el fuego del Espíritu Santo, se encienden sus corazones y el miedo desaparece por completo, dando lugar a una predicación valiente y abierta de la resurrección de Cristo.

¹ Homilía en la solemnidad de Pentecostés.

² Primera lectura, *Hechos de los Apóstoles*, 2, 2.

³ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *El Espíritu Santo en Pentecostés*, 14-V-1978.

⁴ Primera lectura, *Hechos de los Apóstoles*, 2, 3.

⁵ *Lucas* 12, 49.

⁶ FRANCISCO, *Mensaje para la Cuaresma de 2018*.

3. Jesús, al prometer a su Iglesia el don del Espíritu Santo, como nos recuerda el Evangelio de hoy, anunciaba que sería *Espíritu de verdad*. Y que nos *iría guiando hacia la verdad plena*⁷. Si miramos con visión sobrenatural a la sociedad en la que nos ha tocado vivir, encontraremos, junto a muchas cosas buenas, algunas expresiones que contradicen abiertamente esta verdad sobre el hombre que nos ha sido revelada; especialmente en el ámbito del matrimonio, la familia y la trasmisión y conservación de la vida.

Quisiera referirme a una muy concreta que tiene que ver con el momento político que estamos viviendo en México. Es perfectamente lógico que en una sociedad democrática existan diversos modos de ver las cosas y diversas opciones de solución a los problemas políticos o económicos. Lo que no es razonable y, menos aún, cristiano, es que con motivo de esas diferencias nos insultemos unos a otros. Los cristianos somos ciudadanos de las dos ciudades, la terrena y la celestial. Y sería una lamentable contradicción, comprometer nuestra salvación eterna, por mentir, odiar o insultar a quien no piense como nosotros.

En todo momento, con la ayuda de Dios y los dones del Espíritu Santo, y siendo fieles a las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia, hemos de guardar la cordura; dialogar con serenidad y respetar las posturas de los demás.

Tanto en los encuentros sociales o profesionales que podamos tener, como al mandar nuestras opiniones en mensajes electrónicos, tenemos que comportarnos como hijos de Dios. Dando ejemplo de moderación, veracidad, apertura y serenidad. Nada de mentiras, ni insultos, nada burlas o desprecios para quienes sostienen posturas distintas. *La verdad*, enseña el Concilio Vaticano II, *no se puede imponer más que por la fuerza misma de la verdad*⁸.

Tenemos a la vista una imponente cantidad de testimonios de hermanos nuestros en la fe quienes, desde los primeros siglos hasta el día de hoy, han luchado por multiplicar los frutos del Espíritu Santo⁹. Cristianos ejemplares que han sabido difundir cordialmente la luz del Evangelio. Imitémoslos acudiendo confiadamente a la Virgen Santísima, Asiento de la Sabiduría.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 20 de mayo de 2018

⁷ Evangelio, *Juan* 15, 26.

⁸ Cfr. Declaración *Dignitatis humanae*, n. 11.

⁹ Segunda lectura, *Gálatas*, 5, 22-23.